

**D. ANDRÉS OLLERO TASSARA**  
*Dalmacio Negro, In Memoriam*

Debo ante todo agradecer a nuestro Presidente la sugerencia para que interviniera en este acto, que no dejó de sorprenderme. La he agradecido por doble motivo.

En primer lugar, porque en estas sesiones es habitual que intervengan aquellos académicos que —por razones biográficas, de larga convivencia universitaria o de particular afinidad doctrinal— se han visto, a lo largo de los años, más estrechamente identificados con la figura a la que se rinde homenaje. Es obvio que no son pocos los presentes que pueden mostrar esas condiciones con más brillantez y acierto que yo. Puesto a encontrar similares coincidencias habría de remontarme al hecho anecdótico de que he sido, como académico, sucesor de un gran amigo del hoy recordado; como quedó demostrado al asumir la respuesta a su discurso de ingreso en nuestra Academia: Gonzalo Fernández de la Mora (*La teoría liberal y el Estado*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. 1995).

En segundo lugar, agradezco que dicha sugerencia me permita disfrutar de la oportunidad de expresar públicamente mi profundo respeto y mi hondo afecto a nuestro compañero.

Respeto, generado por el indudable rigor que acompañó siempre a su exhaustiva laboriosidad. Su estampa, en las ocasiones en que se veía obligado a optar por el contacto telemático, en una habitación tapizada por libros en todas las paredes, que se acumulaban igualmente sobre la mesa y, no me extrañaría, quizá incluso algunos por el suelo, demostraba que sus ideas no eran gratuitas ocurrencias, sino fruto de un notable cúmulo de lecturas y de horas de estudio.

Afecto, a la vez, porque era hombre que se hacía querer; cuando superaba arduamente sus progresivas dificultades de movilidad, o buscaba apresuradamente la puerta de salida, para poder liar en la plaza un cigarrillo a la antigua usanza. Como fruto de nuestra creciente amistad, le importuné más de una vez por teléfono, sin acertar en todos los casos con sus peculiares horarios, dada la nocturnidad de buena parte de sus lecturas; ya que —como explicaba en una entrevista— a esas horas “todo está más tranquilo” y, como “ya que no puedo moverme mucho, escribo hasta altas horas de la madrugada”. Con ello alimentaba su notable memoria, que le llevó a reconocer que, dadas sus abundantes citas, “me solían llamar diccionario con corbata, cuando impartía clases”.

Quizá un lector ocasional pudiera aventurar en el profesor Negro Pavón —al que, mejor, llamaré en adelante Dalmacio, porque estamos en

su casa— algún aire pesimista, más propio de profeta de calamidades. En realidad —al releer en estos días tantos textos suyos que he ido acumulando— confirmo mi convicción de que, armado de un saludable espíritu crítico, lo que le acuciaba era un afán de espabilar a más de un durmiente, despertando su conciencia, hasta hacerle constatar que —como suele decirse— el rey en realidad iba desnudo.

No tendría mucho sentido que les aburriera con mis opiniones sobre las afirmaciones de Dalmacio, fallecido el pasado 23 de diciembre, coincidiendo con su cumpleaños; según ha recordado por escrito uno de los asiduos a los seminarios que dirigió hasta su última semana de vida. Pienso que la mejor manera de rendirle homenaje es cederle a él la palabra, rememorando las suyas.

Siempre me ha parecido que un buen sistema para calibrar la calidad de un trabajo académico es repasar las figuras con los que el autor dialoga. Dime a quiénes lees y te tiré por dónde anda el nivel. Muy tópicamente, se le ha emparentado con Carl Schmitt, quizá por el morbo que lleva consigo su conocida polémica con Kelsen, en torno al “guardián de la Constitución”. De Schmitt precisamente dijo en esta casa Dalmacio, que se desacreditó al intentar rescatar el crédito de la política (*“Anales”* 95, de 2018). Lo cita en efecto, del brazo —más de una vez— de Álvaro D’Ors.

En realidad, desde un punto de vista crítico, quien se lleva la palma —en su incesante coloquio con los clásicos— es nada menos que Augusto Comte y, puestos a alabar, es Tocqueville el más laureado.

Si hay un rasgo de Dalmacio que siempre ha despertado mi atención es su gallardo pasear olímpico por las praderas de lo políticamente incorrecto. Él se sentía vacunado al respecto, hasta el punto de ironizar, sugiriendo que se ha abusado tanto de palabras como facha, fascismo y franquismo, que suenan como un piropo; por lo que debieran sancionarse o prohibirse en virtud de la ley de violencia de género.

Como tantos otros de mi generación, creo que la etapa más disfrutada de mi vida fueron los años de la transición democrática. De ahí que —como tantos— añore aquel consenso entre los partidos y sueñe con una España normal, en la que la capacidad de colaboración supere a la polarización y, de camino, a la guerracivilista memoria histórica, a la que Dalmacio no dudaba en calificar de histerica.

Él, por el contrario, estaba lejos de suscribir la infalibilidad del consenso. Animaba, más bien, a indagar sobre los males de lo que calificaba como consenso socialdemócrata, en el que reunía al fin —eso sí, por vía crítica— al PP y al PSOE; a la vez que se asombraba ante la tozuda búsqueda del centro político. Incluía tácitamen-

te en ese, para mí, deseable consenso a los dos grandes partidos, pero pone en guardia ante el peligro de que las oligarquías sustituyan el compromiso por un consenso político, pero solo para enmascarar sus intereses. Con ello la democracia podría acabar reduciéndose a la corrección política, definida y sancionada por los gobiernos con un asentimiento —activo o pasivo— de los gobernados infantilizados por una propaganda masiva. Teme que el truco del consenso consista en que la única oligarquía sea la de los consensuados, con el peligro de que acabe consistiendo en una oligarquía de oligarquías, sin competidores; una dictadura disfrazada de pluralismo. No es pues de extrañar, en consecuencia, que el pacifismo aparezca casi siempre contra algo o contra alguien, como —a su juicio— se ve paladinamente todos los días.

Si hay pues un tema que reina en sus escritos es el del juego de las oligarquías. Lo que me rejuvenece, porque me lleva a recordar la primera conferencia a la que —como joven universitario con 16 años apenas cumplidos— asistí. Tuvo lugar en la sevillana Casa de Pilatos, de aire aristocrático, donde se reunían los monárquicos juanistas del lugar. El orador era el catedrático de filosofía Jesús Arellano que, puesto a hablar de la democracia —novedoso tema, por entonces— insistía en identificar a las oligarquías como su principal enemigo.

Dalmacio lo tenía claro: los gobiernos son siempre oligárquicos digan lo que digan los políticos, autoengañándose o para engañar a los demás; el poder recae siempre en manos de una pequeña minoría. Logra, sin embargo, encontrar en lo que llamaba la ley de hierro de la oligarquía, una ventaja: descalifica o ridiculiza las pretensiones del pensamiento político que no se atiene a lo concreto; pero, sin embargo, hace imposible una teoría política universal, porque la intensidad con la que opera acaba dependiendo del azar. Considera que son ilusorias las exigencias de que los partidos se democraticen internamente; aunque olvida que —como he afirmado alguna vez en esta casa— si lo intentan, serán penalizados por el elector que piensa: si estos tienen problemas internos, cómo van a estar en condiciones de resolver los míos. Por lo demás, da por hecho que la transformación de la democracia en una religión tiene bastante que ver con la omisión del carácter universal de esa ley. Apunta que, para Aristóteles, la democracia ilimitada es —lo mismo que la oligarquía— una tiranía repartida sobre un gran número de personas. Recuerda, en todo caso, que —según la concepción clásica— lo opuesto a la democracia no es la oligarquía, sino lo que llamaban los griegos la demagogia.

Le preocupa especialmente la transmutación de la política en religión, porque las religiones

políticas son fanáticas y buscan el triunfo sobre las auténticas sin reparar en los medios. Se preguntó en esta casa (*Anales* 80, del 2003) y lo amplió en un voluminoso libro (Madrid, Unión Editorial, 2004) por “*Lo que Europa debe al cristianismo*”, con abundantes referencias a su frecuentemente citado Girard. Detectó en torno a Europa hasta veinte ideas de origen cristiano o determinadas por el cristianismo. La historia de Occidente, que incluye la de Europa es la historia, para él, del *ethos* cristiano. Spaemann nos consideraba instalados actualmente en la post-cristiandad, pero nuestro académico, puesto que se hoy habla de transmodernidad, sugiere que quizá habrá que hablar de transcristiandad; porque hoy lo trans sustituye a lo post.

Entiende que en Europa se ha reducido el cristianismo a la moral, como ya anticipó Nietzsche, y hace suya la afirmación de Oliver Wendell Holmes de que la ciencia nos da grandes respuestas a cuestiones menores, mientras que la religión nos da pequeñas respuestas a grandes preguntas. En consecuencia, se adopta con frecuencia una actitud crítica hacia la religión, por considerarla irracional, algo propio del pasado, en definitiva, mitología. El positivismo, como es notorio en Comte, su padre filosófico, sirve como fundamento. Por otra parte, la anarquizante revolución de mayo de 1968 selló la unión entre marxismo y progresismo y ha difundido el clima intelectual

y moral imperante hoy en Europa, caracterizado como postmodernismo. A su juicio, ya no se trata propiamente de ateísmo sino de increencia; una suerte de superación del ateísmo, en el sentido querido y pronosticado por Comte antes que por Nietzsche.

No descarta que Occidente como civilización haya dejado de ser un concepto cultural unificador, avanzando que se podría llegar a detectar una civilización norteamericana distinta de la europea y quizá también de una civilización hispanoamericana en el mismo sentido. Anima a preguntarse si podría sobrevivir la democracia sin los supuestos cristianos en que se apoya, por muy secularizados que estén.

En todo caso, reconoce a la dignidad humana como una especificidad que fue el denominador común de la vida europea, al que esta debe su superioridad y que ahora tiende a difundirse universalmente. Detecta, sin embargo, que se ha absolutizado el principio de inmanencia, en oposición polémica al de trascendencia. Al no poder soportar la crítica de la Iglesia, el Estado aspira a sustituir a la religión, despojándola de su carácter público, mediante una política monopolizadora de todo lo social.

Le preocupaba que el único criterio de los políticos sea aplicar la técnica, según el principio de que todo lo que puede hacerse, debe ser hecho; esto explicaría que, a su juicio, el ser humano sea

la única especie que se mata a sí misma, con el aborto y con la eutanasia; porque el objetivo de toda especie es su perpetuación. De ahí que, a la hora de elegir entre políticos, partiera del principio de que, entre un tonto y un malvado, es mejor siempre el segundo porque al menos descansa.

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. DALMACIO NEGRO PAVÓN**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
MAYO DE 2025



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
Plaza de la Villa, 2  
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-422-8

Depósito legal: M-17190-2025